

¿Tiene el cubano una actitud adecuada ante la vida?

—• Por Luis A. Baralt •—



La dirección de la Universidad del Aire, de propósito, ha dispuesto que caiga el desarrollo de este tema el día de Navidad. Quizás pensaba que para que reine la “paz en la tierra para los hombres de buena voluntad” no hay más camino que el de fomentar en ellos una adecuada actitud ante la vida, asociando así el regocijo de la buena nueva que cada 25 de diciembre se repite por una humanidad contrita, pero anhelante, con el estudio de este aspecto de la problemática cubana.

Acaso la manera más fácil y directa de abordar la cuestión sería glosar el Hosanna de los pastores de Belén, mirar dentro de nuestros corazones para ver en qué y cómo difieren de los de aquellos modestos adoradores, para terminar proclamando la gloria de Dios en las alturas y proponiéndonos fervientemente asegurar la paz para los hombres en la tierra.

Pero estamos en una Universidad y sus métodos han de ser analíticos y dialécticos. Dejemos de mano, pues, la emoción a que el día invita y recurramos a la razón.

¿Qué es, preguntémosnos sin más preámbulo, una actitud ante la vida? La pregunta, a poco que en ella se profundice, veremos que implica otra anterior, a la que hay que dar respuesta previa: ¿qué es la vida? Claro está que no se trata aquí de la vida como concepto general, la vida en oposición a la carencia de ella en el mundo de lo inanimado. La vida de las plantas, la vida de los animales inferiores no es la vida a que se refiere el tema, y frente a la cual tenemos una actitud adecuada o inadecuada. Es indudablemente acerca de la vida del hombre que nos hemos de plantear ciertas consideraciones, acerca de nuestra propia vida. Pero “vida”, aún en este sentido restringido, y “hombre” no son conceptos equivalentes. Mi vida soy yo, conmigo empieza y conmigo termina, pero, además, es el mundo, mi mundo, esa circunstancia de mi existencia sin la cual no puedo concebir mi vida. Una actitud

ante la vida será, por tanto, una serie de disposiciones, de maneras de enfocar el mundo y de actuar frente a él. Pero este mundo, es el mundo de cada cual, es el mundo que con él entra en contacto. Su actitud ante la vida envolverá una doble visión y un doble juego de disposiciones: la visión del mundo objetivo, ajeno, contrapuesto a su yo, su mundividencia como se le ha dado en llamar; y la visión de sí propio. Actitudes inseparables, dicho sea de paso, por mucho que se las quiera distinguir.

Una actitud ante la vida implica, pues, un concepto de la persona humana, de su dignidad, de su destino, un juego de valores perfectamente jerarquizados, desde los que el hombre tanto estima que por ellos daría la vida, hasta los secundarios y contingentes. E implica, por otra parte, una concepción del mundo que nos rodea con mayor o menor inmediatez: ¿es bueno o nos es hostil? ¿Progresará o seguirá estancado?, etc. Optimismo, pesimismo, meliorismo, fatalismo, serenidad, irascibilidad, altruismo, egoísmo, credulidad, escepticismo, no son sino otras tantas denominaciones de algunas de las infinitas actitudes que puede asumir el hombre respecto de sí y de sus relaciones con su mundo.

Intentemos ahora averiguar si es que el cubano tiene una peculiar actitud ante la vida y si esa actitud es o no adecuada. La dificultad con que en seguida tropezamos es la inherente a toda generalización. Entre nosotros, como en cualquier pueblo, se dan todos los tipos de la personalidad humana. Ningún cubano es idéntico a su vecino y nuestra sociedad está compuesta, como todas, de santos y criminales, filántropos y ladrones, trabajadores y holgazanes, patriotas y traidores, ángeles y demonios y de hombres y mujeres representativos de los mil matices intermedios. Con todo, es lícito intentar, como ha hecho Madariaga con los ingleses, franceses y españoles, la confección

de un “retrato compuesto”, según el método de los antropólogos y sociólogos, que arroje mediante la superposición de individuos la determinación de ciertos rasgos predominantes, si no constantes, que den una fisonomía propia al conjunto.

Creo que la primera afirmación que tal generalización del cubano, en cuanto a su actitud frente a la vida, nos permite hacer, es que hay que distinguir entre ciertos rasgos permanentes y otros propios del cubano de hoy, de este cubano post-revolucionario y tradicional del que todos queremos impacientemente redimirnos. Y el distingo es alentador en grado sumo, si consideramos que si bien los rasgos de este son en conjunto negativos, los de aquel, los permanentes, son positivos... Estos son los que sorprenden y enamoran a cuantos extranjeros nos visitan. En contraste con el europeo, endurecido por una competencia estrecha y cruel, el cubano se nos presenta fundamentalmente jovial y alegre en sus relaciones con el prójimo; el mundo, su mundo, le sonrío y él le devuelve la sonrisa en una actitud de complacencia con el presente, que tiene algo de improvidencia; de cordialidad en sus relaciones sociales, que suele degenerar en el compadrazgo chabacano; de afición a los placeres sensuales, lindantes a veces con la licencia; pero que en general son características amables que nos hacen llevadera cuando no deliciosa la vida. El cubano es alegre. Bendita sea su alegría, esa chispa de los dioses, esa hija del Elíseo, que cantara Schiller y que al posarse sobre nuestro pueblo ha ungido de una divina gracia. Y ya se sabe cuál es la actitud del hombre alegre frente a la vida. Su mano se extiende amistosa a todos, su consejo y su ayuda nunca nos falta, de él no hay que temer la agresión interesada; el hombre alegre es amigo hasta del desconocido; del hombre alegre no se dijo aquello de *homo homini lupus*, al verle reír nada más desarma y enamora.

Pero con ser altísima virtud, la alegría —¿no dijo Jesús: “¡Regocijaos siempre!”?— no debe identificarse con la felicidad, meta suprema del hombre. No hay mayor infelicidad que la del buscador de placeres, ni más ilusoria y engañadora alegría que aquella que no parta de una genuina euforia vital y de un espontáneo impulso de amor, aquella pseudoalegría que evocaba Francisco José Castellanos en un olvidado ensayo titulado “La sonrisa vacía”. En este vacío estéril es donde siempre está en peligro de caer la alegría del cubano. La felicidad es otra cosa. No es un pasajero ajuste del hombre a su circunstancia inmediata, sino un concepto sereno de su destino aquí y, acaso, después de esta vida; un ajuste con su más íntimo ser que le permite sobreponerse a todas las adversidades y luchar por el advenimiento de un mundo mejor. La alegría es virtud terrena, la felicidad, sinónimo de beatitud,

es el sentimiento que da la conciencia, que en raras ocasiones tiene el hombre, de su esencia divina.

A fuer de alegre el cubano suele olvidar el bien colectivo, puesto que su goce personal parece bastarle. En realidad, el interés de la colectividad suele exigir serias limitaciones al disfrute individual de los bienes de este mundo. El hombre alegre desatiende, cuando no rechaza, toda solicitud de esfuerzo encaminado al bienestar social, por temor a verse mermado en su propia alegría. La propensión a sentirse alegre, por otra parte, le permite derivar ese estado emocional de cualquier situación presente. De aquí que ni la inclinación al trabajo colectivo, ni el afán de superación sean características del cubano. Sí fuese esta oportunidad apropiada para indagar en las causas de esta actitud del cubano frente a la vida, veríamos que son obvios los factores ambientales que la determinan: la tierra pródiga, el clima bonancible, la ausencia de amenazas ni de animales feroces, ni de convulsiones de la naturaleza, ni de enemigos fronterizos. Todo aquí, para nuestra fortuna o nuestra desdicha, invita al placer y al esfuerzo mínimo.

Consecuencias de esta actitud jovial y gozadora del cubano de ayer y de hoy, del cubano de siempre: ya hemos hablado de su cordialidad generosa, de su limitada capacidad para el esfuerzo colectivo, de su flojo impulso de superación. Agreguemos, como otra nota esencial de su mundividencia, cierto innato escepticismo que se traduce, en lo psicológico, en una resistencia a aceptar valores, normas y criterios ajenos y, en lo social, en un radical desconocimiento de rangos y jerarquías. El pensar con la propia cabeza es una virtud; pero la sistemática negación del criterio ajeno, a que tan propensos somos, lleva a la duplicación de esfuerzos en la ciencia y en la vida. La actitud crítica en los gobernados es piedra angular de la democracia, pero negarle al gobernante, como hacemos casi siempre, toda posibilidad de acierto y de buena fe, fomenta un perenne y malsano desajuste en el engranaje del Estado. Si somos subordinados, nunca nos ponemos en el lugar de quien está obligado a mandarnos, nunca nos preguntamos sinceramente, ¿qué haría yo si estuviese en su lugar...? Es que lo que más amamos es nuestra independencia de criterio, lo que más tememos es que se nos llame carneros, con el triste resultado de que ni dejamos pensar, ni dejamos hacer. La más de las veces, “nos pasamos de listos”.

En lo tocante a las jerarquías sociales mencionadas, ya quien nos preside ha estudiado luminosamente el cubanísimo rasgo del “choteo”, que no es otra cosa que ese bajar de sus pedestales a todos los ídolos, cortarles las alas a todos los ángeles, dejar en paños menores a todos los prohombres, en una palabra, rebajar las categorías, no solo sociales, sino morales,

políticas, intelectuales, etc. Y, ¿qué es este rasgo tan peculiar del cubano sino una manifestación de ese nuestro innato escepticismo y ese consustancial temor de que se nos descubra la más ligera sumisión a nada o a nadie...?

Pero pasemos ahora, ya que el tiempo apremia, al cubano de este momento histórico, a este cubano post-revolucionario y transicional. Si el cuadro hasta aquí trazado es en general risueño, el que pasaremos a pintar no puede ser más negro. Su negrura estriba precisamente en haberse eclipsado —esperemos que por el momento— las mejores características del cubano de siempre. Decíamos que el cubano es fundamentalmente alegre. Este de hoy no lo es: ha perdido su sonrisa fácil, a sus labios surgen las palabras de odio y de amenaza antes que las cordiales y generosas; las manos, tradicionalmente hechas al amistoso apretón o a la camaraderil palmadita, hoy, con demasiada frecuencia, esgrimen el revólver o la ametralladora... Ya la actitud del cubano no es la del gozador que acepta y aprovecha los dones espléndidos de su mundo y con muy poco se conforma, sino la de quien ve el mundo como un cofre fuerte que tiene que forzar, aunque para ello haya de sacrificar no solo la alegría de los demás, sino la suya propia.

Decíamos también que el cubano ha sido siempre gozador del momento fugaz y como tal se ha curado poco del mañana, pecando más bien de improvidente que de ambicioso. Mas he aquí que el becerro de oro ha vuelto locos a los cubanos de hoy, en cuya tabla de valores, el tener dinero ha venido a ocupar el más alto rango. Por poseerlo, se sacrifica el honor, la lealtad; se olvidan o acallan los imperativos de la conciencia, de la ley y de la religión. Este desaforado amor a la riqueza ha tomado entre nosotros una forma peculiar. Pueblos hay en que el afán de enriquecimiento en negocios más o menos ilícitos es mucho más prevalente que en Cuba. En otros el raterismo, ese impulso irremisible de apoderarse de las cosas menudas ajenas, es mal generalizado y aparentemente incurable. En Cuba apenas se observa. En cambio, la inclinación a entrar a saco en el tesoro público ha tomado proporciones inusitadas entre nosotros. La actitud del cubano, en este aspecto, es de una gravedad alarmante, por su generalidad. Los ladrones del patrimonio nacional no reciben ni la condigna sanción legal, ni, lo que es más grave, la censura de la opinión pública. Aún es frecuente escuchar el elogio de estos saqueadores del erario público por sus fechorías más escandalosas, en que se ve una demostración de “su viveza”, cualidad que el cubano siempre ha deseado para sí y aplaudido en los demás. El interés colectivo y permanente se pierde de vista. Una vez más, el cubano “se pasa de listo”.

Ya el tiempo asignado termina. Resumamos respondiendo a la pregunta inicial. La actitud del cubano de siempre ante la vida, si no es la ideal y perfecta, no puede decirse de ella que sea inadecuada... Mucho se puede esperar del hombre alegre, generoso, hospitalario. La actitud del cubano de hoy, por el contrario, no puede ser más falsa, insensata y peligrosa. Socava las raíces mismas de la nacionalidad. Pone en la faz del cubano un rictus de odio y de protervia donde siempre hubo una sonrisa, va convirtiendo, si no se ataja el mal de inmediato, esta Arcadia en casa de locos o antro de forajidos.

¿El remedio? Quizás nos lo den las campanas de Navidad, sí las sabemos escuchar.

» *Discusión*

Dr. Mañach: Dr. García Pons quisiera invitarle a usted a iniciar la discusión. ¿Tiene alguna pregunta que hacerle al Dr. Baralt?

Dr. García Pons: El trabajo del Dr. Baralt, trabajo muy admirable por cierto, se confirma en las aprensiones que yo traje esta tarde. Yo quisiera oír de sus labios en torno a esta pregunta: ¿No cree el Dr. Baralt que los años de vida independiente bajo la República, no han significado para el cubano un ejercicio por la necesidad, o por el dolor suficiente a colocarlo en un plano de responsabilidad semejante al que confrontaron nuestros antepasados, no obstante caracterizarle, como él tan certeramente acaba de precisar, un sentido alegre, casi hedonista de la vida?

Dr. Baralt: No sé si he comprendido bien la pregunta del compañero García Pons. ¿Tendría la bondad de repetirla más concretamente?

Dr. García Pons: Si la República no ha significado para el cubano actual más que una vida blanda, carente de espíritu de sacrificio.

Dr. Baralt: Mi tesis, enunciada nada más, es que esa blandura ha sido característica del cubano de siempre, la ha llevado el cubano en la sangre; se debe a causas muy permanentes en nuestro ambiente, clima, facilidad económica, falta de hostilidades continuas. El holandés, por ejemplo, es duro porque debido a la invasión del mar en su territorio tiene que luchar contra determinadas oposiciones de la Naturaleza. El cubano ha tomado lo que la vida le ha brindado, que siempre ha sido abundante, y ha desarrollado una actitud risueña, alegre, frente a su mundo, a su mundo físico, claro; y eso repercute en su actitud frente al prójimo. En sus relaciones humanas ha sido por tanto alegre, con la sonrisa fácil; las relaciones han sido de acercamiento; el cubano es extravertido. Eso no se debe a la República; es característica de Cuba, de las condiciones naturales en que vivimos. Quizás

haya causas etnológicas, pero no creo que las circunstancias políticas hayan determinado esa peculiaridad del cubano; indudablemente, si la han modificado ha sido a la inversa, han traído a él ciertas preocupaciones que le han hecho asumir una actitud hostil frente al prójimo y frente al medio en que él se desarrolla, que no es propia del cubano de siempre... ¿Contesta eso la pregunta?

Dr. García Pons: En cuanto al medio, bien, pero yo quería referirme concretamente a esto: la posición del cubano de hoy en el sentido negativo en que el Dr. Baralt lo ha visto ¿no considera que obedece a que el cubano no encuentra hoy, como los encontraron sus padres, obstáculos suficientes para poner a prueba su virtud, su esfuerzo, su diligencia de superación? Las luchas, por ejemplo, que mantuvieron los hombres del siglo pasado ¿no hicieron florecer la virtud, no obstante carecer de libertad política, y no determinaron, por la virtud misma, la libertad política?

Dr. Baralt: Ah, bien, en ese sentido sí. Hay un sector de la vida en que el cubano en que el Dr. García Pons está pensando, el cubano del siglo XIX, tenía una labor que realizar, una carencia que suplir, una meta muy directa que le llevaba a la austeridad, a la virtud y el esfuerzo. Cada vez que estas circunstancias se repiten entre nosotros, surge el héroe, surge el hombre bueno, surge el hombre generoso. Lo hemos tenido ayer en las luchas revolucionarias contra Machado, de eso hablábamos un grupo de amigos el otro día; aquellos jóvenes, aquellos hombres tenían una virtud, una generosidad, una austeridad en su vida; había un ideal, había algo por qué luchar, y había una oposición franca, evidente, abierta. Eran las circunstancias políticas en que ese individuo se desenvolvía. Pero eso no se da en este cubano que yo con toda idea he llamado, no revolucionario, sino postrevolucionario.

Dr. Mañach: Dr. Baralt, usted que conoce tan bien otros pueblos, por lo mucho que ha viajado, por su don de lenguas y sus lecturas amplias de las letras extranjeras, ¿cómo caracterizaría usted la actitud ante la vida de los pueblos que más contrastan con el nuestro? Para que nuestros oyentes se hagan cargo de en qué consiste esta actitud que usted echa de menos en el cubano, ¿podría usted decir, por ejemplo, cuál es la actitud del norteamericano, del holandés, la del inglés, pongamos por caso, si no es pedirle demasiado?

Dr. Baralt: Es pedirme mucho. La actitud del norteamericano, por ejemplo, es todavía la actitud pionera, la actitud del hombre que está venciendo fronteras, que está en un periodo de expansión, y tiene conciencia de esa expansión. El cubano, por ejemplo,

tiene ese inconveniente: que no está luchando por una expansión, o por lo menos no se le presenta objetivamente ante su vista. Podría tenerla y es la obligación de nuestra juventud crearse esa meta y objetivarla, crear un concepto de Cuba como cosa accesible, inmediata, que está al alcance de su mano, y que exige que luche con honradez, austeridad, esfuerzo, alegría y cohesión social. Porque con esta carencia de cohesión social que tenemos ahora, en que todos somos enemigos unos de otros, aunque no sea más que por discrepancia insignificante de criterios, con eso no vamos a ninguna parte.

Dr. Mañach: Eso es lo que yo estaba buscando Dr. Baralt, que usted hablara más del cubano con motivo de ejemplos extranjeros. Efectivamente no tenemos una actitud acometedora ante la vida. Muchas veces el cubano da la sensación de que es todo lo contrario, de que vive “defendiéndose” como él mismo suele decir... “¿Usted qué tal, cómo está? ¡Ahí, defendiéndome!” El cubano vive siempre defendiéndose y una de sus maneras de defenderse es la risa; la actitud festiva es para él no dejar que la vida lo invada, oponerle esa cosa impermeable que es la sonrisa.

Dr. Baralt: Pero eso yo creo que es más bien la exposición del choteo, no la exposición de la alegría cubana. Hay una cosa positiva en nuestra alegría. El choteo no es una virtud, el choteo es un aspecto patológico en la psicología del cubano que estamos redimiendo; la alegría no, la alegría es una de las cosas buenas, permanentemente buenas que tiene el cubano.

Dr. Mañach: ¿Y usted cree realmente, Dr. Baralt, que el cubano es alegre?

Dr. Baralt: Sí, creo que el cubano es alegre, jovial. En la calle se nota. Todo extranjero que viene aquí en seguida lo advierte. Se traduce en servicio también; pregúntele usted a cualquiera por la calle “¿dónde queda tal cosa?”. “Es aquí, mire señor yo le voy a enseñar”, lo acompañan, lo llevan. “Mire, se lo voy a escribir en este papel”; se toma su trabajo para servirlo a uno; eso es sano. Pídale usted a alguien en las calles de Nueva York que lo ayude a encontrar un edificio “Oh, I am sorry”, y lo dejan, y usted se fastidia.

Dr. Manach: Bueno, vamos a ver el público, ¿Preguntas?

Dra. Evengelina Baeza: Antes que nada, modestamente felicitar al Dr. Baralt, por la que me ha lucido una brillante y muy linda conferencia. Después, preguntarle una cosa, pero, explicarle previamente algo: Cuando yo hice mi tesis de grado para la Universidad, en relación con los adolescentes cubanos y la cuestión de la formación del carácter, hice primero una tabla de valores humanos, y a través de ella

confeccioné un cuestionario con los valores sociales. Fue con 400 o más muchachos; en los valores sociales nosotros tratamos de investigar el aspecto político y preguntamos: “¿Desearía usted ser dirigente nacional, político? De ser así, ¿por qué? Explique esto bien claro”. Entonces muchos dijeron que no, que no lo desearían. Demostraron tener todas otras aspiraciones. De los que pusieron que sí desearían intervenir en la vida política del país, el 50%, o más, contestó así categóricamente: “Quisiera ser dirigente político nacional para hacerme rico sin trabajar”. A nosotros, que habíamos hecho este cuestionario tratando de objetivar en algo los valores humanos, para poderlos constatar estadísticamente, nos alarmó aquel síntoma de influencia terrible del ambiente social en el espíritu de aquellos jóvenes, que por otra parte, cuando se les preguntó con respecto a cuestiones de su íntima formación en cuanto a rebeldía frente a la vida, y en cuanto a temores, demostraban tener buen fondo psicológico. Desde mayo en que hicimos la investigación arrastramos una preocupación muy grande, preocupación que nunca la hemos traslucido hasta hoy, que se nos ha presentado la oportunidad, ya que el Dr. Baralt ha hablado de “jerarquía de valores”. Queremos preguntarle al Dr. Baralt, a ver si él nos va a sacar la preocupación o nos va a dejar sumidos en otra mayor: ¿Es que los jóvenes cubanos falsearon la investigación en esa actitud alegre e irresponsable, que pusieron eso para alarmar todavía más a sus maestros y a los que tratamos no de intervenir directamente en el campo educacional, pero sí de hacer algo en él? ¿Será esto, o será efectivamente que el ambiente social ha llevado a ese vicio por mala formación en las aulas o en los centros de enseñanza? ¿Qué cree usted, Dr. Baralt?

Dr. Baralt: Ante todo, quisiera agradecerle a la doctora Baeza esta información valiosísima que nos ha dado a todos. Se puede partir de ese estudio para derivar algunas consecuencias muy importantes, muy significativas e ilustrativas de nuestro momento moral. Yo quisiera, antes de contestar su pregunta, razonar respecto al 50% que contestó negativamente a la pregunta formulada. Me parece que, probablemente, un gran porcentaje de ese 50%, se sentía inhibido por cierta vergüenza de confesar que ellos quisieran ser dirigentes de nuestra vida pública. En esa inhibición me parece que hay ya una gran censura a lo que podríamos llamar el gobernante típico, porque normalmente los jóvenes quisieran ser presidentes de la República. Ojalá que todos quisieran ser presidentes de la República, ojalá que consideraran un honor ser dirigentes en esa alta jerarquía o cualesquiera otra menos alta, porque esa es la ambición humana, todos quisiéramos llegar a los primeros pue-

tos para hacer el bien. De manera, que los que no dijeron que querían ser dirigentes públicos, probablemente estaban con su negativa ya censurando. En cuanto a los otros, el hecho de que un gran porcentaje de ellos haya dado esa explicación a los motivos que lo llevaban a querer ocupar esas posiciones, es también de una gravedad extraordinaria; en muchos de ellos probablemente no se constata sino el contagio gravísimo que reciben del medio, de sus familias, de sus amigos, de los periódicos, de lo que ven en la calle, en que se aplaude al rico, en que se le rinden homenajes a las figuras encumbradas de nuestra vida pública del momento, cuando sabemos que el único motivo de su engrandecimiento es el latrocinio más escandaloso. Eso, claro que tiene que dejar su huella en el cerebro maleable, que es una cera, del niño, que absorbe todo lo que se le da. Hay quizás otras causas, quizás una cosa que no se ha dicho en esta sesión, por lo demás muy interesante, me parece a mí: los motivos económicos. El niño sabe que los únicos que se enriquecen, salvo algún que otro industrial meritísimo, salvo los que ganan dinero y enriquecen al país al enriquecerse ellos con la obra constructiva; salvo esos casos excepcionadísimos, aquí en Cuba no se enriquece más que el que lo hace por medios ilícitos en la vida pública. Todo eso hay en esas respuestas tan interesantes de sus niños.



LUIS A. BARALT ZACHARIE (Nueva York, 1892-Estados Unidos, 1969). Dramaturgo, director de teatro y ensayista. En la Universidad de La Habana se graduó de doctor en Filosofía y Letras y en la Universidad de Harvard de Artium Magister en 1916. Seguidamente impartió clases de inglés en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Combatió al régimen de Machado y al llegar a la presidencia Carlos Mendieta en enero de 1934 fue nombrado secretario de Instrucción Pública. Presidió la Sociedad Filarmónica de La Habana y estuvo entre los fundadores del grupo teatral La Cueva. Recibió el primer premio en el concur-

so de teatro convocado en 1936 por la Secretaría de Educación con la obra *La luna en el pantano* y dirigió varias puestas en escena del Teatro Universitario y del Patronato de Teatro. Publicó además el ensayo *Croce y sus ideas estéticas* (1953). Poco después del triunfo revolucionario de 1959 se trasladó a los Estados Unidos. El texto suyo que ofrecemos constituye su intervención, el día 25 de diciembre de 1949, en el programa radial educativo La Universidad del Aire, fundado y dirigido por el profesor Jorge Mañach. Lo hemos tomado de *Cuadernos de la Universidad del Aire* Nro. 13. La Habana, febrero de 1950, pp. 75-83.

